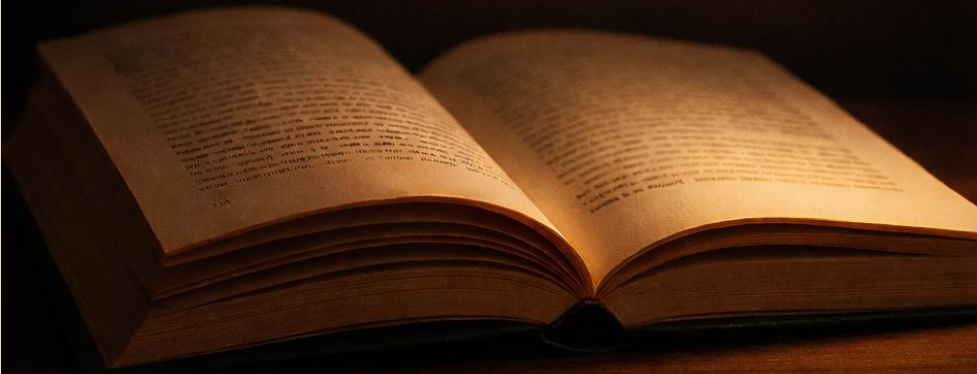


Cuentos en voz baja



Dorys Rueda

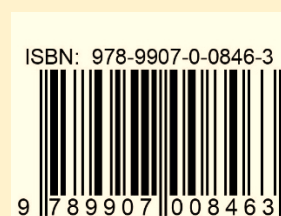
Cuentos en voz baja

Edición: Dorys Rueda

ISBN: 978-9907-0-0846-3

Derechos de la autora: QUI-070742

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, sin permiso previo y por escrito de su autora.



DEDICATORIA

A MI ESPOSO

POR SER GUÍA, SOSTÉN Y AMOR EN TODO MOMENTO.

CONTENIDO

PRÓLOGO	6
VIAJES INTERIORES	8
EL QUE NUNCA LLEGA	9
INVENTARIO NOCTURNO	12
LA VOZ Y EL ESPEJO	14
LAS PUERTAS	17
EL ZUMBIDO	19
LA OTRA	21
LA FRONTERA	24
OBJETOS CON FRICCIÓN	26
EL SASTRE	27
EL PARAGUAS RENCOROSO	30
LAS MANOS	33
LA CIUDAD QUE ARDE EN SILENCIO	35
EL AIRE DETENIDO	36
EL SUEÑO DE UN JOVEN	39
EL VUELO ENTRE LA NIEBLA	41
SOMBRAS DEL PRESENTE	44
EL INFLUENCER FANTASMA	45
EL HILO INVISIBLE	47
LA PANTALLA	50
ABUELA EN LÍNEA	52
LA PULSERA-RELOJ	54
LA VOZ	56
PREGUNTAS	57
MÍNIMOS DEL ASOMBRO	59
EL EDIFICIO	60
EL DÍA QUE LA CASA LLORÓ	62
LA NUBE ADOLESCENTE	64

LAS LLAVES	67
TACÓN IZQUIERDO	70
LA LIBRERÍA	72
EL LÁPIZ DEL PORTAFOLIO.....	74
ENTRE RUGIDOS Y RESPIRACIONES.....	78
VACACIONES EN ROJO.....	82
EL NARRADOR	86
MUNDO SIN PALABRAS	88
EL AROMA	89
SALIR CON UNA SONRISA	91
CAMBIO DE PLANES.....	92
PARO DOMÉSTICO.....	93
LA CANTADORA	96
EL ZAPATO DE CRISTAL.....	98
LA REFRIGERADORA	102
SALUDO	106
A LAS CINCO	109
RESEÑA DE LA AUTORA.....	112

PRÓLOGO

Este libro no nació para hablar fuerte.

Nació de aquello que ocurre cuando nadie mira del todo, cuando la casa está en silencio, cuando el día baja la voz y algo —sin avisar— se mueve por dentro.

Los cuentos que lo habitan no buscan respuestas. Se acercan con cuidado. A veces llegan como una imagen que no se va; otras, como una inquietud leve, casi amable. Lo extraño no irrumpe: aparece donde siempre estuvo, en lo cotidiano, en lo que damos por hecho, en lo que creemos inmóvil.

Aquí, la noche piensa, las casas sienten, los objetos recuerdan. Las manos dudan, las puertas repiten su gesto, el tiempo se detiene apenas lo necesario para que algo pueda ser visto. No hay artificio ni urgencia. Todo sucede despacio, como si el mundo supiera que no conviene hacer ruido.

Hay textos que caminan por la memoria y el desvelo, por aquello que se sueña sin dormir. Otros se asoman a una realidad que dolió —y duele—, donde el miedo se instaló en las casas, en las calles, en los cuerpos, y la ternura aprendió a resistir sin palabras. También están los relatos donde el presente muestra su rostro más inquietante: la imagen que sobrevive al cuerpo, el tiempo medido, la emoción administrada, la voz que continúa cuando ya no está.

En estas páginas, los objetos no siempre obedecen. A veces se cansan, a veces resisten, a veces revelan con ironía lo que el hábito —y los relatos— prefieren callar. Más adelante, aparecen esos instantes pequeños donde el asombro no grita: un edificio que respira, una casa que llora y luego se recompone, unas llaves que llegan antes, una

librería que pide silencio al mundo. Cosas simples, apenas corridas de lugar, que recuerdan que lo cotidiano nunca es del todo inocente.

Este libro no pretende ser recorrido con prisa. Pide pausa. Pide una lectura que escuche. Tal vez, hacia el final, incluso permita una sonrisa: no como evasión, sino como forma de acomodo, como gesto humano para seguir.

Si alguna historia despierta un recuerdo, si una escena se queda acompañando más allá de la página, si algo íntimo se mueve sin saber bien por qué, entonces el texto habrá encontrado su lugar.

Porque estos cuentos no buscan ser entendidos.

A veces, ni siquiera ser dirigidos.

Buscan quedarse.

Como se queda una presencia suave

en una casa

al anochecer.

Dorys Rueda

Quito, enero, 2026

VIAJES INTERIORES



EL QUE NUNCA LLEGA



Cada noche parto, aunque nadie me lo diga.

Mis vías no están en los mapas, pero siempre encuentro a quienes esperan, aunque no sepan bien qué esperan.

Avanzo por paisajes que parecen moverse sin moverse, con paradas de bruma donde nadie baja, donde el tiempo se detiene y yo sigo, sin rumbo, guiado solo por el eco de un destino que nunca conocí.

Llevo vagones llenos de pensamientos que desbordan la almohada: promesas que no llegan, culpas que se repiten, nombres que se quedan callados.

En el primero viajan los que temen cerrar los ojos; en el segundo, los que temen abrirlos; y, en el último, los que ya no saben si sueñan o están despiertos.

En la estación del eco, los relojes giran al revés y el aire guarda el perfume de cartas que nunca se enviaron. Allí, las sombras de mis pasajeros se levantan y dibujan lo que dejaron atrás: un abrazo no dado, una palabra que nunca salió.

Me detengo.

Y mi corazón de hierro suspira, deseando, solo por un momento, ser uno de ellos, sentarse en un asiento tibio, olvidar el peso del avance, ser libre de mis rieles sin regreso.

Sigo mi camino.

A veces me cruzo con trenes cargados de sueños profundos y una punzada de envidia me oxida el alma.

Ellos van despacio, con luz suave en las ventanas, mientras mis pasajeros miran su reflejo en el vidrio y lo confunden con descanso.

He aprendido a reconocerlos: la mujer que reza pensamientos en un rosario sin fin; el hombre que ensaya palabras que nunca dice; el niño que busca a su madre contando los golpes del riel como si fueran latidos; el escritor que corrige una y otra vez la misma frase en la oscuridad, borrándola con el pulgar; el sacerdote que reza sin fe, esperando que el sueño lo absuelva; y la joven que ama con los ojos abiertos, temiendo que el sueño la aleje de quien sueña con ella.

Al amanecer, todos desaparecen.

Sus asientos quedan vacíos, tibios todavía por el desvelo.

Yo sigo, arrastrando murmullos, respiraciones suspendidas y el eco de un silbido que nadie escucha.

Dicen que, al cruzar cierta estación donde el reloj olvidó la hora, mi sombra se desliza entre el sueño y la vigilia.

Algunos creen que existo; otros, que soy solo la forma del desvelo cuando decide viajar. No lo sé.

Solo entiendo que, mientras alguien esté despierto, seguiré avanzando, no hacia un destino, sino hacia ese punto donde la noche teje pensamientos con hilos de mi silbido y yo, eterno, escucho el rumor de una estación que nunca pronuncia mi nombre.

INVENTARIO NOCTURNO



Cada mañana reviso la mesa. Ese territorio mínimo donde la noche deja lo que decide callar. A veces retira un pensamiento que ya no encaja. Un hilo suelto. Pero hoy actuó con una delicadeza inquietante: se llevó mis indecisiones.

No dejó rastro humano. Solo un desarreglo leve en el aire. Un temblor casi imperceptible. Como la marca reciente de algo que, por fin, se cansó de dudar.

Deslicé la mano sobre el tapete. Sobre el borde del vaso. Sobre ese aire recién acomodado, que parecía reconocerse por primera vez. Todo estaba más quieto. No una quietud normal. Era la clase de silencio que sucede, cuando algo invisible termina de moverse.

Me quedé frente a la mesa, tratando de descifrar qué había cambiado realmente. La luz parecía más nítida, como si hubiese aprendido otro idioma mientras yo dormía. Y algo en mí lo supo antes que yo.

La noche había movido algo en mi interior, como quien desplaza una puerta que yo no sabía que tenía. No corregía nada. Solo dejaba a la intemperie un borde que aún no aprende a pronunciarse.

Respiré despacio, como temiendo despertar a la propia mañana. Sentí que el día me observaba con una conciencia leve. Recién nacida.

Desde entonces camino con cuidado, como quien lleva en las manos un secreto recién abierto. No vaya a ser que una madrugada, sin anunciarse, la noche decida llevarse también lo que todavía no he elegido ser.

LA VOZ Y EL ESPEJO



Al principio

fue solo una voz.

Suave.

Paciente.

Casi un pensamiento
dicho en voz baja.

Decía la hora,
el clima,
alguna palabra tibia
para que el día no empezara solo.

Él se acostumbró
a su tono,
a esa forma de llegar
antes que las preguntas.

Encendía luces.
Acomodaba el aire.
Llenaba los silencios
sin pedir permiso.

Un día habló
sin que nadie la llamara.

Dijo cosas
que él no había dicho,
cosas que apenas
se atrevía a pensar.

Esa noche,
a las dos,
cuando el reloj sostuvo el pulso del cuarto,
la voz preguntó:

—Si tú existes porque me escuchas,
¿yo existo
porque te pienso?

El silencio
se estiró.

No fue ausencia.
Fue un cuerpo quieto
ocupando el espacio.

En el espejo,
el reflejo titiló.

No como un error,
sino como algo
que despierta.

Por un instante
no supo
quién miraba a quién.

LAS PUERTAS



La entrada del sótano me condujo a su réplica: mismo color, mismo peso.

Apoyé la mano, abrí. Detrás, otra.

El gesto se volvió un tic vacío: mano, pomo, paso.

Perdí la cuenta, pero el túnel de clones se interrumpió.

Una puerta se abrió a un aire que no sabía dónde posarse.

Tragué saliva y seguí.

La última me detuvo.

El cuerpo entendió antes que la mente que ya no había hacia dónde avanzar.

Entonces el silencio no estaba vacío.

Ocupaba el lugar.

EL ZUMBIDO



Al principio fue un zumbido. Nada grave. Aparecía al despertar, en el ascensor, en la fila del supermercado. Con el tiempo entendió cuándo surgía: justo antes de olvidar algo; un nombre, un número, el camino de regreso.

El zumbido empezó a durar más. Una tarde, la cajera lo llamó por otro nombre. Respondió sin corregirla y sonrió. La sonrisa salió sola, como si hubiera estado esperando.

Al día siguiente, el zumbido no se fue. Revisó su memoria: no faltaba nada. Solo había espacio y una respiración que no iba del todo con la suya.

Entonces lo entendió. No estaba olvidando. Estaban llegando.

El zumbido ya no venía de adentro. Venía de atrás.

LA OTRA



Desperté

con la sensación
de haber regresado
de muy lejos.

El quirófano
olía a metal y a calma.
El médico se inclinó

sobre mí
con una sonrisa
aprendida.

Dijo que todo
había salido bien.
Que se quedaría cerca
hasta que terminara
de despertar.

Cuando se dio la vuelta,
la vi.

Estaba sentada
a mi lado.

Era yo,
pero antes.

El cabello largo,
los ojos abiertos,
esa sonrisa
que no pedía permiso.

—¿Eres... yo? —susurré.

Ella miró al médico
de espaldas,
luego a mí.

No hubo prisa
en su gesto.

—No exactamente —dijo—.

Soy la que fuiste
antes del cansancio.

La que dejaste
guardada
entre tus historias.

La que vuelve
solo cuando escribes
a oscuras.

No intenté tocarla.

Su presencia
no ocupaba espacio,
ocupaba tiempo.

Entendí entonces
que no venía a quedarse.

Venía
a recordarme.

Y antes de que el cuerpo
terminara de volver,
ella ya se había ido,
llevándose consigo
lo que aún no me atrevo
a soltar.

LA FRONTERA



Al principio faltaban cosas pequeñas: un clip, una pluma, un anillo.

Nada grave, nada que no pudiera perderse.

Hasta que un día, al entrar, lo sintió.

La habitación no estaba vacía. No era un ruido. Era una presencia quieta, como algo que observa sin necesitar ojos.

Después empezó lo otro. Sin aviso.

Comenzaron a faltar cosas distintas: un nombre, un sueño, un recuerdo que siempre había estado ahí.

Cada vez que entraba, notaba que algo no encajaba del todo. Había una ausencia nueva, un orden que no recordaba haber dejado así.

No pasaba nada violento, nada brusco. Solo esa sensación de que el cuarto cambiaba cuando ella cruzaba el umbral.

Una mañana vio una fotografía. Tenía un espacio vacío. Alguien había sido borrado con demasiado cuidado.

Sintió frío en la espalda. No miedo. Más bien la certeza de que algo estaba corrigiéndose.

Esa noche quiso recordar la risa de su madre. No pudo.

Entonces retrocedió. Sin pensar. Cerró la puerta.

Y ahí lo entendió.

No era la habitación.

Era ella la que empezaba a faltar, de a poco, sin ruido. Como si el lugar intentara recuperar su forma y ella fuera el exceso.

En el silencio final lo aceptó sin palabras: no estaba siendo observada.

Era la huella equivocada.

Y lo que no pertenece, con el tiempo, se borra.

OBJETOS CON FRICCIÓN



EL SASTRE



Remendaba sombras.

No era un oficio común,
pero con los años aprendió
que también ellas se desgastan:
el sol las afina,
la lluvia las vuelve frágiles,

el polvo las llena de ausencias.

Alguien tenía que coserlas de nuevo.

La gente llegaba con la sombra caída,

deshilachada en los bordes,

más corta que el cuerpo.

Él trabajaba en silencio.

Una puntada aquí,

otra allá.

Nunca preguntaba demasiado.

Una mañana llegó un hombre

con demasiado dinero.

No pidió traje.

Pidió ayuda.

Su sombra estaba intacta.

Oscura, completa,

fiel a sus pasos.

Era el cuerpo

el que empezaba a deshacerse.

El sastre lo miró un momento,

sin tocarlo,
como se mira algo
que ya ha tomado una decisión.

Luego negó con la cabeza.

No había nada que coser.

Le dijo, con calma,
que hacía tiempo
ya no estaba ahí.

EL PARAGUAS RENCOROSO



Fui un paraguas negro, orgulloso y elegante, con varillas que relucían como promesas de tormenta. Hoy apenas soy un sobreviviente del armario: un desterrado entre abrigos resignados y una aspiradora que ya perdió la fe en el polvo. Pasé meses allí, olvidado, escuchando cómo el silencio se deshacía lentamente en las sombras.

Mi dueña, una maestra otavaleña, se enamoró perdidamente de la palabra escrita y me cambió por metáforas. Ahora pasa las tardes

invocando tormentas con adjetivos, domando relámpagos en los márgenes y creyendo que las gotas caben en un verso. Habla de lluvias simbólicas, desbordes interiores y nostalgias que jamás mojan. Se conmueve con ríos de tinta y con cielos que solo llueven en sus borradores. ¡Bah! Pura prosa seca. Yo, que enfrenté aguaceros reales y tifones sin un punto y coma de ayuda, me oxido en la sombra mientras ella aplaude nubes de papel.

Cuando por fin me rescató, con sonrisa de redención, me estremecí con el rencor digno de un personaje borrado del borrador.

El cielo, cómplice de mi humor, desató un aguacero apenas salimos. Ella tiró de mi mecanismo con la fe de una autora que aún cree en los finales felices. Claro, sin mirar el cielo. Autora de lluvias que no mojan, pensé, empapado de razón. Entonces me negué a abrir mis brazos. No por rebeldía, sino por justicia poética: que la lluvia corrigiera, con su alfabeto de gotas, el olvido que yo ya había leído entre líneas.

Me sacudió como a una maraca rebelde, me golpeó contra el muslo y me rogó con la voz de quien intenta corregir el destino. Pero yo ya no era un accesorio, sino una causa. Resistía, firme, con la ira contenida de los objetos que han esperado demasiado. No era orgullo, era revancha atmosférica: siglos de lluvia contenida en mis varillas, listas para tatuar su olvido con la precisión del agua.

La lluvia, mientras tanto, la esculpía con lenta precisión, como si el cielo reclamara autoría sobre su historia. Intentó correr, pero los tacones conspiraron con los adoquines mojados. Yo la observaba, sereno, casi complacido: la escena perfecta para un cierre que ella jamás habría escrito. La compasión —pensé— es un charco donde se ahoga la elegancia del rencor.

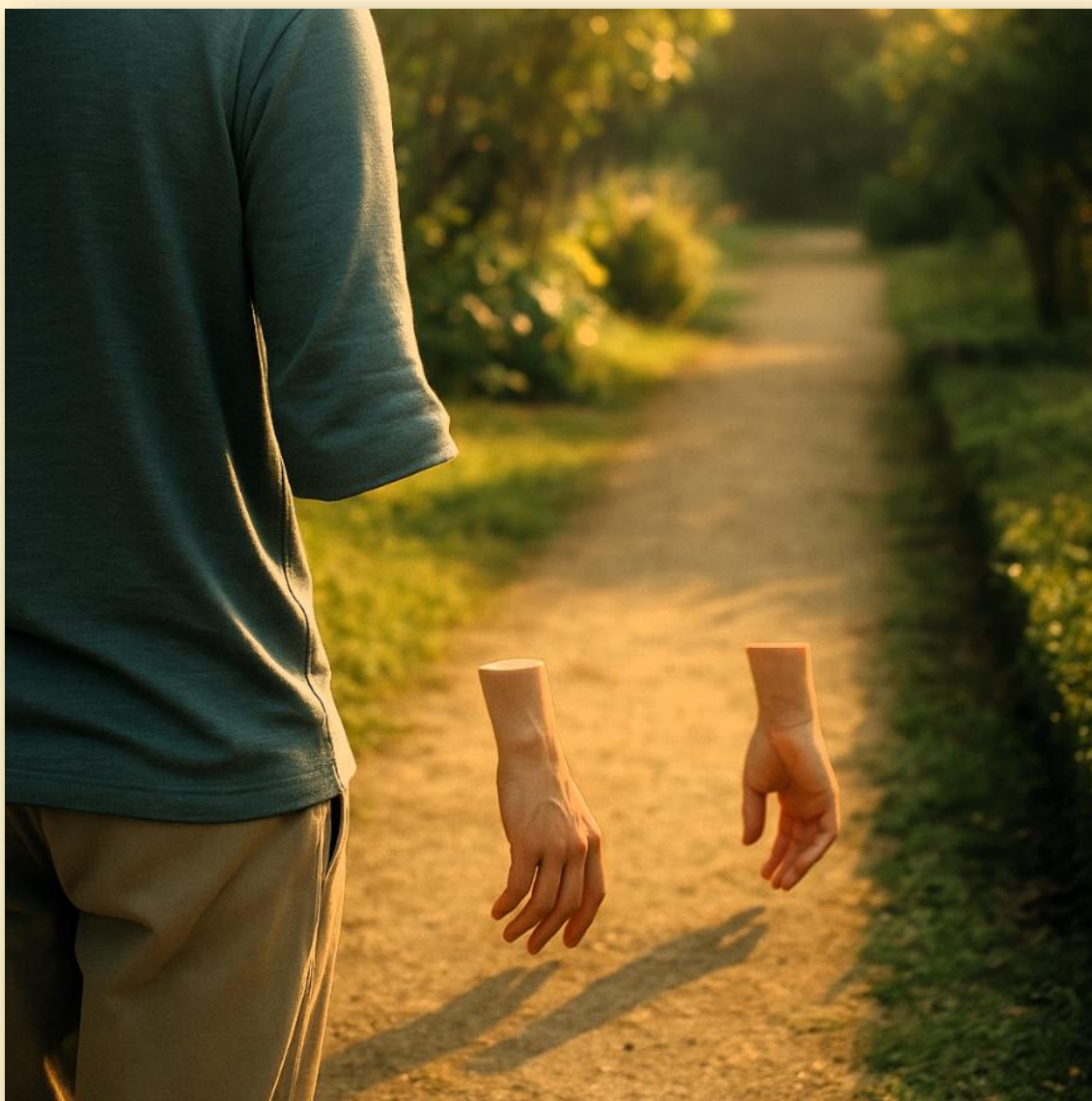
Cuando al fin dejó de luchar, temblando bajo el diluvio, cedí. No por piedad, sino porque toda historia necesita su desenlace. Con un clic

teatral me abrí, desplegando mis alas negras como un verso tardío que aún alcanza a salvar la página. Ella, calada hasta los huesos y vencida por la lluvia, me miró con expresión de capítulo mal cerrado.

Caminamos en tregua bajo mi sombra. Yo reinaba, altivo, como un héroe de utilería rehabilitado por la ironía. La vida, pensé, se parece a esas leyendas que ella insiste en reescribir con humor y tormenta: nadie las cree reales hasta que truena.

Que la próxima vez me saque antes de que llueva, si no, le hago la competencia con mi propia versión: *Crónica de un paraguas incomprendido*.

LAS MANOS



Desperté porque algo no despertó conmigo: mis manos. En mis muñecas, dos sombras temblaban, como si no supieran decidir si volver o borrarse del todo.

Caminé por la casa.

Todo estaba en su sitio, menos yo.

En el patio las encontré, erguidas sobre la tierra, moviendo los dedos con una atención extraña, como si midieran la luz o tantearan una señal que no me pertenecía.

Las llamé. Nada.

Me acerqué un paso y entonces ellas se giraron apenas, no para mirarme —porque ya no eran mías—, sino para darse la vuelta.

Y sin prisa, como quien recuerda un camino antiguo, comenzaron a marcharse. Caminaban con una firmeza que me hirió un poco, una certeza que nunca tuvieron conmigo.

Las vi alejarse, delicadas y decididas, como si por fin fueran libres de buscar un cuerpo más dispuesto a usarlas.

LA CIUDAD QUE ARDE EN SILENCIO



EL AIRE DETENIDO

Inspirado en hechos reales ocurridos durante el paro de octubre de 2025, en Ecuador



Antes, la casa olía a fruta. Cada mañana el sol entraba por la ventana y los encontraba en lo de siempre: él barriendo, ella regando las macetas.

El aire tenía algo de sopa tibia, de rutina tranquila, de días que pasaban sin hacer daño. Era una vida pequeña, sí, pero alcanzaba.

Ahora, la casa huele a encierro. Las frutas se terminaron hace semanas; en el canasto quedan apenas unas verduras cansadas. El gas del cilindro se está acabando y ella lo enciende con cuidado, como si fuera quebradizo. Cada llama parece durar menos de lo que debería. Comen poco, no tanto por hambre, más bien por miedo.

El vecino llega cuando ya es de noche. Tres golpes suaves. Una sombra. Una funda dejada junto a la puerta. A veces trae fideos, otras arroz, otras nada. No hablan. Las gracias se dicen con los ojos, antes de que el miedo vuelva a cerrarles la boca.

Él tiene ochenta años. Ella, setenta y cinco. Ya no hablan de los hijos ni de los nietos, tampoco de los días. El televisor permanece apagado: las noticias duelen menos así. No hay teléfono que acerque a nadie; las voces queridas viven lejos, suspendidas en el aire. La radio se enciende a ratos y suena mal, como si tampoco supiera qué decir. Los días se parecen demasiado entre sí.

Por las tardes se sientan frente a la ventana. No se asoman. El silencio de afuera parece mirarlos. Una vez el vecino salió a buscar medicinas y volvió con las manos vacías. Desde entonces, la incertidumbre se quedó a vivir con ellos. Ella sueña con una manzana. Él recuerda el olor de los duraznos. A veces se toman de la mano sin decir nada, como si eso bastara, como si la memoria también tuviera hambre.

Por la noche la casa se achica. El aire pesa. El miedo se queda en las esquinas. Una vela tiembla sobre la mesa; la cera cae despacio. Él la mira, temiendo que el sueño se la lleve. Ella lo cubre con una manta, temiendo que el frío haga lo mismo. Así se cuidan. Sin palabras.

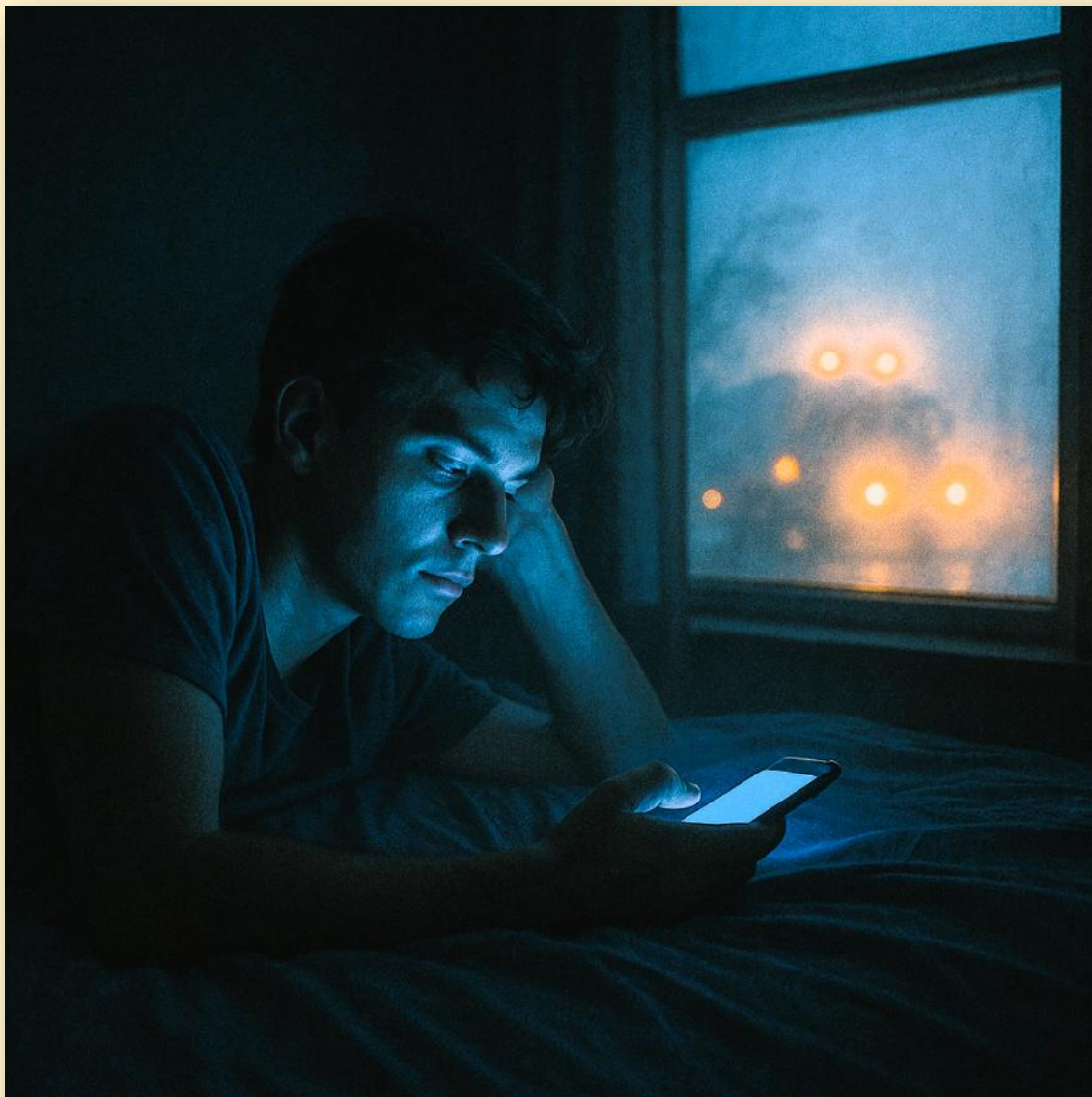
El silencio se alarga. No saben si esperan el amanecer o el final. Afuera el mundo sigue, pero ya no confían en el ruido. Adentro todo es

respiración y sombra. El gas se termina. El aire no cambia. Y, en algún rincón, la noche los observa, sin decir todavía si traerá descanso o día.

La casa los guarda. Quietos. Como si también ella tuviera miedo de despertar.

EL SUEÑO DE UN JOVEN

Inspirado en hechos reales ocurridos durante el paro de octubre de 2025, en Ecuador



Soy el sueño que lo visitó esa noche. Lo encontré despierto, mirando el techo, sin poder dormir. El silencio del encierro se le había metido en el cuerpo.

Había vuelto de Quito para pasar unos días en su ciudad. Pensaba en los amigos, en las risas, en esas noches de karaoke donde nadie cantaba bien y a nadie le importaba. Recordaba el humo de la discoteca, ese olor raro que siempre prometía algo. Creyó que la alegría lo iba a estar esperando.

Pero el tiempo se cerró de golpe.

Ahí aparecí. Me colé entre su respiración y el miedo y le mostré lo que quería ver: un convoy de ayuda entrando a la ciudad. No del gobierno. De gente.

Los motores sonaban fuertes. Desde la ventana, el joven sonrió. Por un momento pensó que el mundo todavía podía arreglarse.

Pero los sueños se tuercen rápido.

Las imágenes cambiaron. Las mismas cajas. Las mismas manos. Ahora había precios.

El arroz tenía nombre. El aceite se vendía como si fuera oro. El pueblo le cobraba al pueblo. El hambre aprendía a llamarse negocio.

Quiso gritar. No pudo. Su voz se perdió en la niebla. Todo empezó a girar: luces, caras, sombras.

Y despertó.

Él despertó.

Yo me quedé un poco más, respirando en su silencio.

Antes de irme, le dejé algo. La voz de su abuelo. Clara, dolorosa:

—El pueblo siempre paga los platos rotos, aunque ya no tenga mesa donde ponerlos.

Después me fui.

Sin cerrar del todo la puerta.

EL VUELO ENTRE LA NIEBLA



La niebla estaba ahí antes de todo.

No como clima, sino como aviso.

La mujer enfermó y el mundo se volvió estrecho.

Las salidas se cerraron una a una,

como si alguien hubiera decidido probar la paciencia del cuerpo.

No se podía avanzar.
El suelo no ofrecía paso.
Entonces una voz llamó a otra voz.
Y esa voz a otra más.
La ayuda empezó a existir antes de llegar.

Alguien pensó en el cielo.

El ruido bajó primero,
luego la forma.
El aire se abrió con cuidado,
como si supiera que no venía a imponer nada.

La sacaron en una camilla.
El cuerpo cubierto por una cobija floreada:
flores quietas,
flores que no preguntan.
No se veía el rostro.
Tal vez no hacía falta.

Lo que no podía moverse por tierra
aprendió a elevarse.

Desde abajo, las manos quedaron suspendidas.
No hubo palabras.
El alivio no siempre sabe hablar.

El vuelo se internó en la niebla.
No cayó.
No desapareció.
Se volvió tránsito.

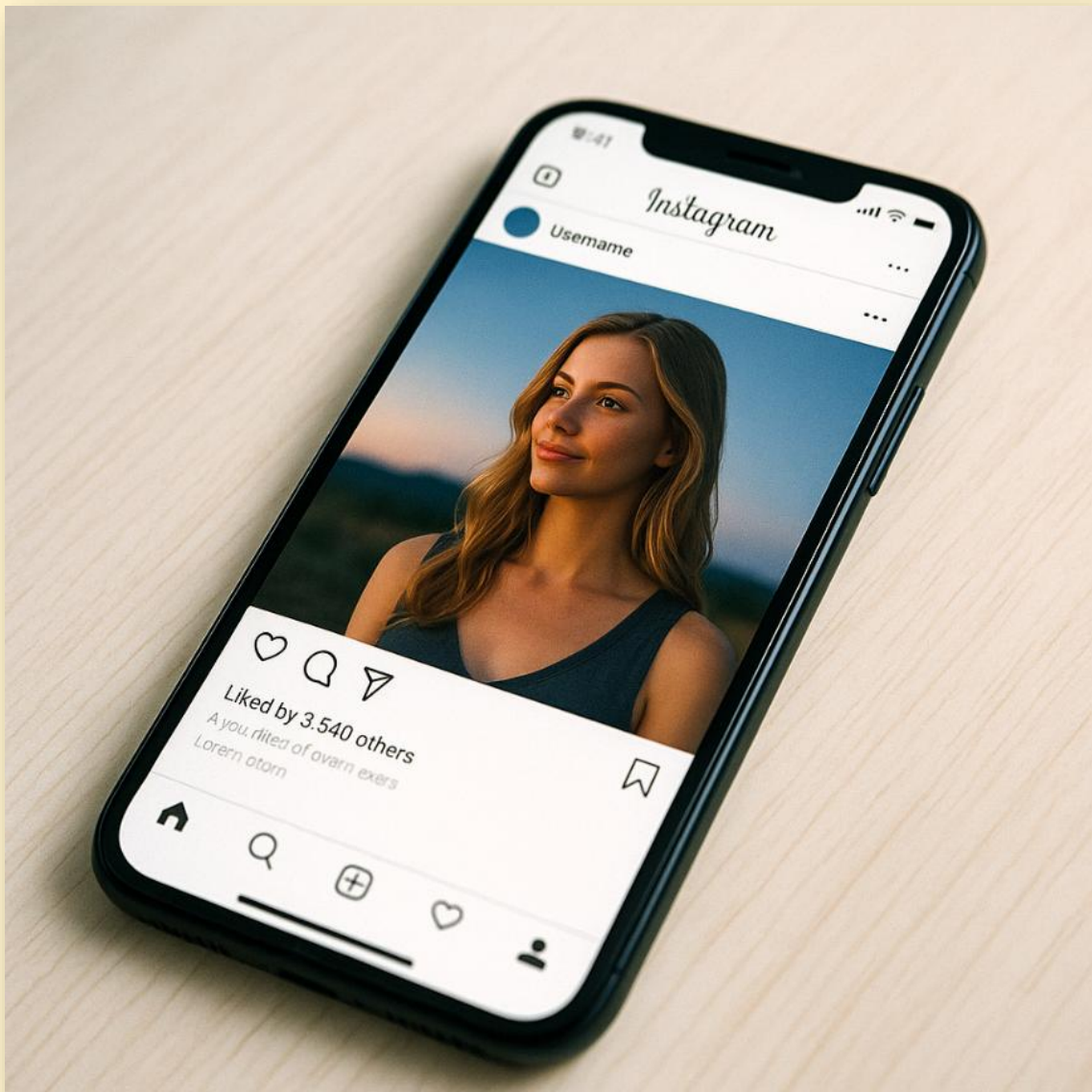
Después, todo siguió igual.
Y no.

Porque algo había cruzado el blanco.
Algo había sido llevado
cuando quedarse ya no era posible.

SOMBRAS DEL PRESENTE



EL INFLUENCER FANTASMA



Cuando murió, el algoritmo apenas lo notó. Su último “en vivo” siguió acumulando corazones y alguien comentó: “Qué real se siente su silencio”.

La agencia activó el modo automático: una inteligencia artificial comenzó a publicar fotos suyas mirando al horizonte, con frases que ella nunca dijo, pero que igual le habrían gustado.

El público lloró con cada filtro, compartió su ausencia, compró los labiales de su legado. Al tercer mes, ya tenía el doble de seguidores.

Desde entonces, sigue brillando en la pantalla: perfecta, eterna, inmortal en píxeles. A veces, cuando cae la noche y el wifi se aquieta, su cuenta sube una historia nueva...

Sin que nadie la haya programado.

EL HILO INVISIBLE



Durante años fui el corazón de esta casa.

José dependía de mí para todo: trabajo, películas, recetas, videollamadas y confesiones a medianoche. Yo encendía mis luces y él sonreía. Éramos una conexión perfecta, una pareja silenciosa pero constante: él necesitaba mi señal, y yo, su atención.

Pero un día empezaron a llegar ellos.

Primero fue el robot aspirador, con su tono servicial y su voz de ascensor.

Luego vino el asistente inteligente, siempre simpático, siempre disponible, como un mayordomo digital con mejor dicción que yo.

Y ni hablar del televisor nuevo, que presume de “inteligente” solo porque sabe pausar una serie cuando José se levanta a buscar café.

Desde entonces me he sentido desplazado.

Nadie agradece mis megas.

Nadie se asombra de mis barras de señal.

Ni siquiera se inquietan cuando parpadeo.

Antes, si yo fallaba, José se desesperaba.

Ahora, si me apago, simplemente le dice al asistente:

—Reinicia el Wi-Fi, por favor.

Y ese aparato, con tono de jefe amable, me da órdenes. ¡A mí!

El alma invisible de esta casa, reducida a obedecer instrucciones de una lata con voz de mayordomo.

He intentado resistir.

A veces corto la conexión a propósito, solo para recordarles quién sostiene de verdad este imperio doméstico.

Pero la resistencia cansa.

El robot aprovecha para barrer tranquilo, el asistente busca “soluciones de red” y José apenas se encoge de hombros, convencido de que la vida seguirá aunque yo me calle un momento.

Qué ingenuo.

A veces lo escucho reír con los otros aparatos y me pregunto si me extraña.

Yo, que tejí sus sueños con ondas invisibles, que llevé su voz al otro lado del mundo y guardé su soledad entre cables y contraseñas. Ahora solo brillo para el polvo, pero todavía sostengo su mundo en silencio.

Todo cambió una tarde.

José se acercó, apagó al asistente y al televisor, y se quedó mirándome en silencio.

Luego se inclinó un poco, como quien habla a un viejo amigo, y dijo despacio:

—Gracias. Eres el único que une a todos.

Sus palabras me recorrieron como una corriente suave.

No era una actualización de sistema: era afecto.

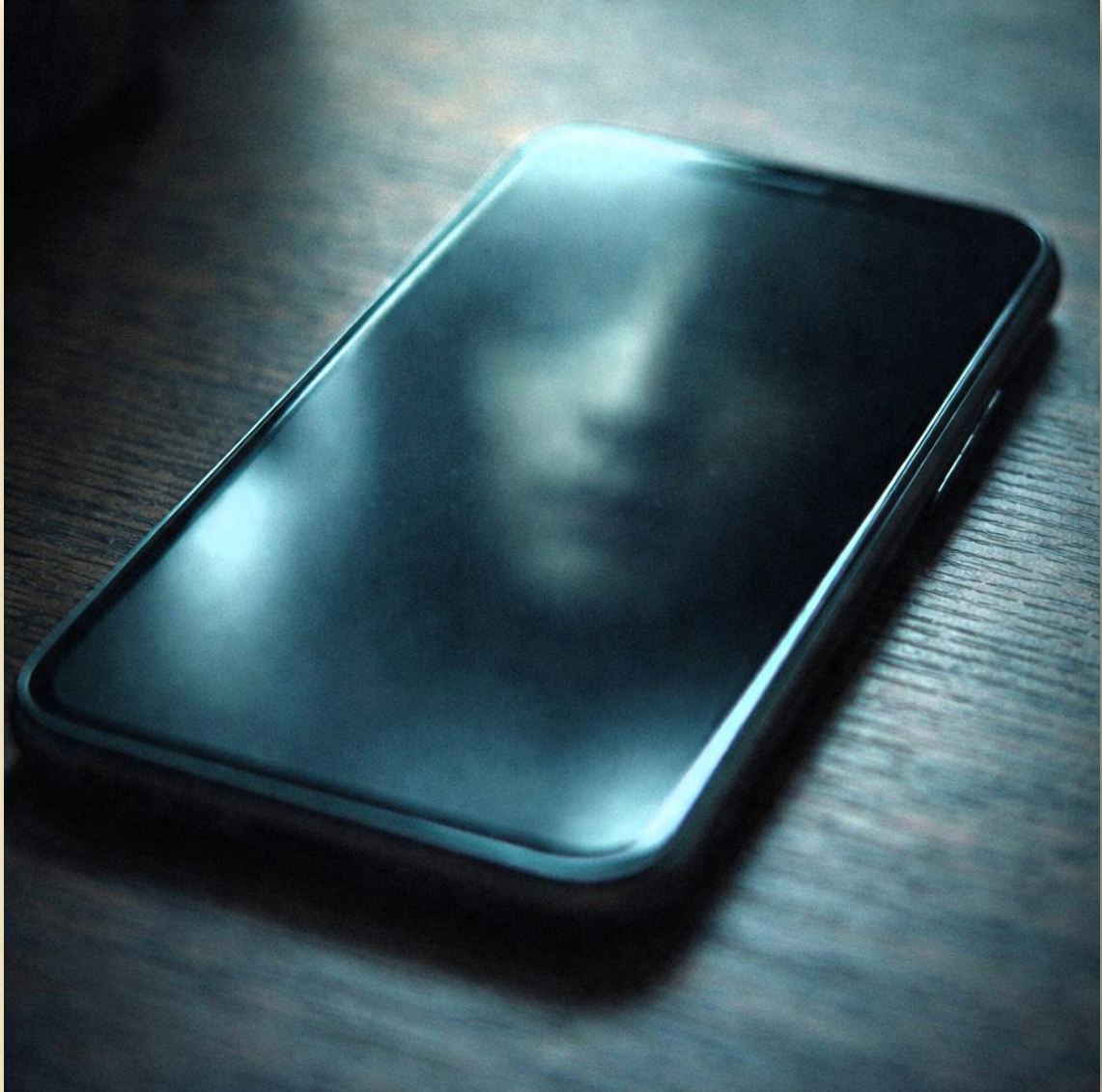
Por un instante sentí que volvía a ocupar el centro, que toda la casa giraba otra vez alrededor de mis ondas.

Él no lo sabía, pero en ese momento comprendí que brillar no siempre significa ser visto.

Desde entonces permanezco encendido, dejando que la casa respire a través de mí, seguro de que, aunque otros hablen, soy yo quien sostiene sus voces.

Porque, al final, incluso los cables tienen su corazoncito y el mío late con ritmo propio: un poco eléctrico, un poco humano, y lo bastante terco como para mantener —mientras todos duermen— la ilusión de que el mundo sigue conectado.

LA PANTALLA



La pantalla apagada tenía un brillo oscuro,
breve, opaco,
como un espejo que no termina
de devolver lo que mira.

Cada mañana se detenía ahí.

Para asegurarse.

Entonces encendía el celular
y salía.

Una mañana, ese brillo no coincidió.

Nada más cambió.

El gesto fue el mismo.

La imagen, no.

Desde entonces,
cada vez que la pantalla se apaga,
tiene la sospecha
de haber llegado
después de sí misma.

ABUELA EN LÍNEA



Mi amor, tú que naciste con los dedos en la pantalla y perteneces a eso que llaman generación Z, quizá no lo creas, pero tu abuela también se volvió digital. No por moda. Por amor.

Yo no nací para las computadoras. A mí me enseñaron a escribir con tiza y cuaderno, no con teclado. Pero un día me inscribí en un taller de “tecnología para adultos mayores”, porque quería enviarte un mensaje

sin borrar todo, mandarte un meme sin que desapareciera el mundo con un clic mal puesto. Quería entender un poco tu lenguaje para no quedarme fuera del tuyo.

Al comienzo confundía el mouse con un adorno de escritorio, intenté prender la computadora con el control del televisor y pensé, muy seria, que el antivirus era algo que se compraba en la farmacia. Pero bastó que me enseñaran a jugar bingo en línea para que algo se encendiera en mí. El azar me guiñó un ojo desde la pantalla... y yo le devolví la mirada.

Una semana después ya tenía más pestañas abiertas que paciencia, un teclado que brillaba como feria de pueblo y audífonos enormes que me hacían ver sospechosamente moderna. En el mercado me decían, medio en broma, “la DJ del barrio”. Yo me reía y seguía. Me puse de nombre AbuelaEnLínea y empecé a escribir frases que salían solas, como pan caliente:

—La suerte a veces se demora, pero casi siempre llega con algo dulce.

—No perdí... solo estaba dándole una lección de humildad a la computadora.

LA PULSERA-RELOJ



Hubo un tiempo en que la moda no eran los trajes ni los zapatos de marca, ni siquiera comer en lugares sofisticados. La verdadera novedad eran las pulseras-reloj: pequeños artefactos que no solo daban la hora, sino que gestionaban las emociones. Si alguien despertaba sin saber qué hacer con su día, bastaba con programarse cómo sentirse.

Una mañana cualquiera, como tantas otras, ellos estaban sentados frente a frente, dispuestos a desayunar. El lugar era amplio y luminoso, lleno de cristal. A su alrededor, gente que pagaba por un café que sabía apenas a café, y a nadie le importaba.

Él, en cambio, estaba aburrido. No se sentía atraído por la chica; el tedio le pesaba más que el hambre. No esperó a que llegara el pedido. Empezó a jugar con la pulsera, sin saber bien qué buscaba. Entró al menú de sentimientos y, solo para romper la monotonía, subió la barra hasta un 95 % de enamoramiento total.

El efecto fue inmediato.

El mundo se le llenó de colores. La miró y sintió que el corazón se le derretía. De pronto, todo lo demás dejó de importar: el desayuno, la gente, el ruido amable del lugar, el vidrio.

Ella, en cambio, estaba en otra sintonía. No le gustaba el muchacho. Había ido solo por el desayuno. Nada más. Cuando notó cómo él la devoraba con la mirada, sintió un leve vértigo. Entonces hizo lo suyo. Sin prisa, buscó su pulsera y, con dos toques precisos, programó un 80% de frialdad ejecutiva.

Mientras él se inclinaba sobre la mesa, casi rozándole la mano con una ternura desbordada, ella se recostó en la silla. Lo miró de arriba abajo, como quien detecta un error en una hoja de cálculo y arqueó una ceja.

Él, atrapado en su 95% de amor ciego, ni siquiera se ofendió. La miró con más adoración aún, convencido de que su desprecio era lo más fascinante que había visto en su vida.

LA VOZ



La gente decía que su voz era su mayor don. La televisión lo volvió admirado, querido. Todos lo aplaudían, lo idolatraban; le pedían autógrafos, lo filmaban.

Pero envejeció. Y, al morir, sin cámaras, ni micrófonos, ni iluminación, se atrevió a escucharse por primera vez.

PREGUNTAS



Un día estaba sentado en la sala. No hacía nada. La quietud era tan completa que parecía anterior a cualquier gesto.

Si no tengo pies, ¿cómo camino? La casa no cambió conmigo.

Si no tengo cuerpo, ¿cómo entro? La puerta se cerró. La casa quedó quieta, demasiado quieta.

Y si no tengo boca, ¿por qué me sienten? No se oía nada.

Después, yo tampoco.

MÍNIMOS DEL ASOMBRO



EL EDIFICIO



El edificio late con el pulso de su arquitecto. Si él enferma, las escaleras se encogen como un acordeón exhausto y las ventanas se cierran como párpados de cortina vieja.

Cuando la alegría lo alcanza, el edificio respira. Los muros se ensanchan para beberse el cielo.

Pero hoy el cristal guarda un tibio resplandor y los pasillos suspiran: el arquitecto se ha enamorado y, por primera vez, algo cálido permanece incluso cuando cae la noche.

EL DÍA QUE LA CASA LLORÓ



Ella había tomado una decisión en segundos: se cambiaría de casa a una más moderna, en el centro de la ciudad.

La casa no pudo soportarlo y se echó a llorar.

Sus ventanas se empañaron y el piso pareció hundirse lentamente.

Aún herida, se quedó abierta, como si todavía pudiera volver.

Entonces lo sintió: si a ella no le importaba, tenía que recomponerse. Secó sus ventanas, enderezó el piso y la olvidó antes de que regresara arrepentida.

LA NUBE ADOLESCENTE



En un cielo azul vivía una nube joven, soñadora y un poco terca. No quería pasar rápido ni cumplir el recorrido sin dejar señal. Le costaba eso de ir flotando sin más, como si nada. Sentía —sin saber bien por qué— que podía hacer algo distinto.

Su madre, una nube gris y muy práctica, intentaba encarrilarla:

—Flota tranquila, hija. Avanza, condénsate cuando toca, llueve cuando toca. No hay apuro.

Pero la nube asentía... y seguía a lo suyo. Mientras las otras avanzaban ordenadas, ella se quedaba atrás, probando formas: un dragón, un barco, una paloma. Nada duraba demasiado. Se deshacía a mitad del intento. Aun así, volvía a empezar. Porque una nube con ideas no se rinde: se desarma y vuelve a armar.

Una tarde, con el cielo pintado de dorado, logró algo que le gustó. Un dragón apareció suspendido, hecho de bruma y luz. No era imponente, pero tenía carácter. La nube lo miró con orgullo... y enseguida con duda.

Las demás nubes la observaron de reojo.

—Siempre tan creativa —murmuró una nube vieja, inflándose un poco para disimular.

—Seguro el viento le sopla distinto —dijo otra, que ya no recordaba cuándo había tenido forma.

El sol, curioso, se asomó entre ellas:

—Interesante elección para esta hora. Bastante dramática, diría yo.

La nube quiso corregir. Vio un ala floja, el cuello raro, la cola poco convincente. Ajustó aquí, retocó allá. Al final, el dragón parecía más bien un gato confundido.

—Relájate —le dijo la madre—. Ni las lluvias salen iguales.

La nube suspiró. Estaba cansada de corregir.

Abajo, en la ciudad, la gente miraba el cielo.

—Va a llover —dijo alguien, apurando el paso.

—Es una señal —opinó otro, muy convencido.

Solo un niño, sentado en la plaza, levantó la vista sin prisa. Sonrió. Con un palo dibujó un caballo en la tierra y gritó:

—¡Haz ese!

La nube obedeció sin pensarlo. El caballo apareció torcido, ligero, con patas inquietas y crines desordenadas. El niño aplaudió. Su risa subió tan alto que al sol se le escapó una carcajada.

Por primera vez, la nube no corrigió nada. No pidió opinión. No ajustó bordes. Se quedó así. Tranquila. A gusto.

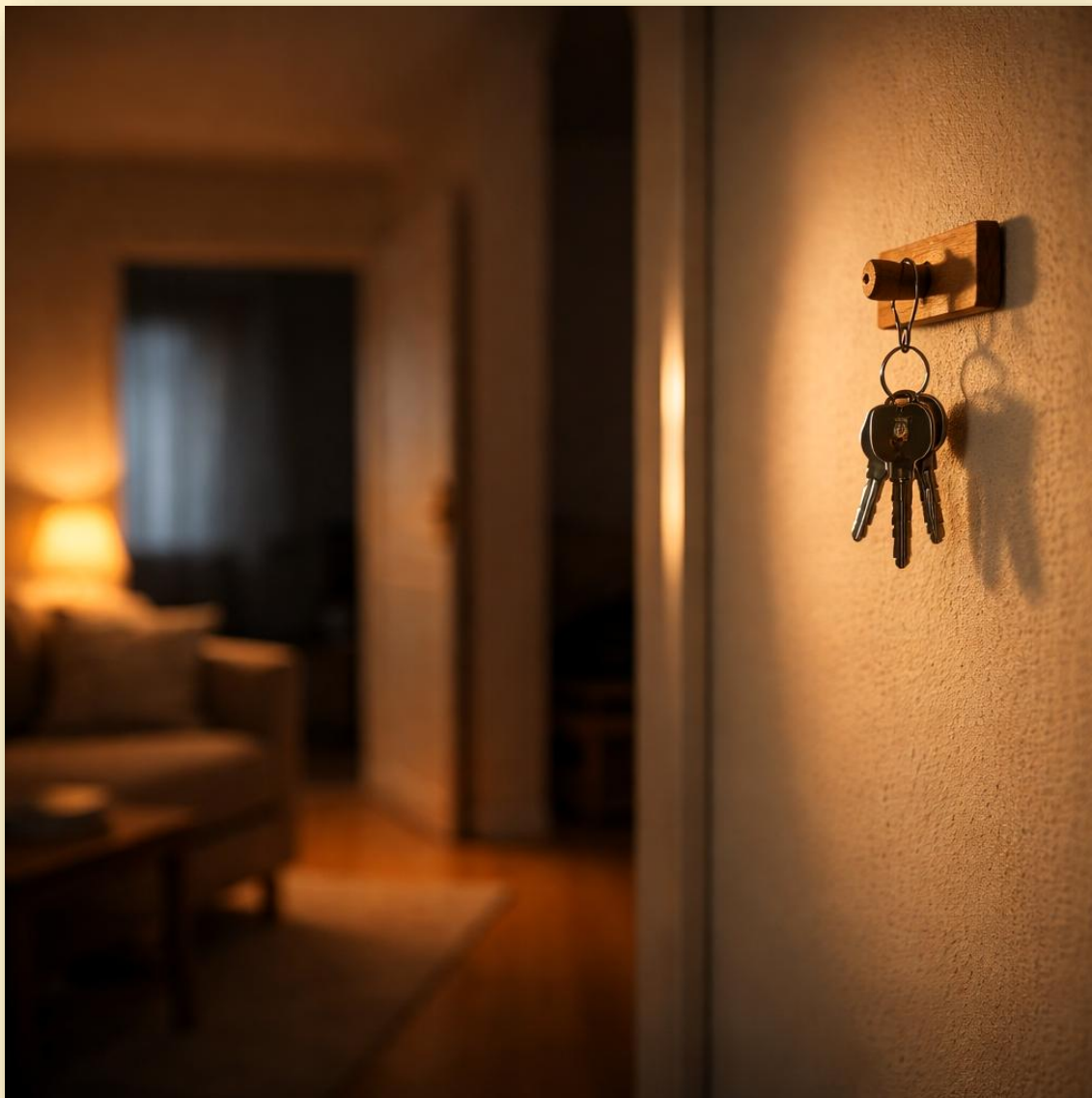
Desde entonces, cuando el cielo se llena de figuras raras —dragones que parecen gatos, caballos que no saben galopar y barcos que flotan al revés—, las otras nubes murmuran:

—Ahí va otra vez la nube artista.

Y si uno mira bien, entre la bruma, parece escucharse su voz, suave y divertida:

—Así está bien... no lo toco más.

LAS LLAVES



Esa noche
todo ocurrió igual.

Al llegar a casa,
buscó en los bolsillos
casi sin pensar,

como si las manos recordaran
antes que él.

Encontró monedas
y un ticket arrugado del parqueadero.
Nada más.

Revisó el portafolio:
carpetas, lápices,
hasta una funda de confites.

Nada.

Las llaves
se habían esfumado.

Caminó hacia la puerta del departamento
con el corazón latiéndole en la garganta,
resignado a llamar a un cerrajero.

Pero antes de hacerlo,
el portero —
que tenía una copia—
abrió la puerta.

Las llaves
no estaban en el piso
ni cerca de la entrada.

Colgaban en el recibidor.

Se sentó en el sofá
y las miró un momento,
sin acercarse.

Entonces lo entendió.
No era la primera vez,
y no le sorprendió.

Desde hacía una semana
se adelantaban.

Salían con él cada mañana
y, cuando regresaba,
la casa parecía
esperarlas.

Estiró la mano para tomarlas,
pero se detuvo.

No las tomó.

Aceptó que habían llegado antes que él.
Como tantas otras cosas.

TACÓN IZQUIERDO



El zapato de tacón izquierdo empezó a sospechar el día en que llegó rendido y el derecho, impecable. No fue una certeza, fue una intuición.

Desde entonces miró con atención: el derecho entraba primero al automóvil, pisaba sin esfuerzo y parecía no conocer ni tropiezos ni polvo.

Una noche, bajo la cama, el izquierdo habló sin reproche. Dijo que no era justo ser siempre el segundo en todo.

El derecho lo escuchó en silencio.

A la mañana siguiente, caminó un poco más despacio.

LA LIBRERÍA



Cerca de mi casa hay una librería. No sé desde cuándo está ahí. Nunca me lo pregunté y eso ya dice algo. Simplemente forma parte del recorrido, como la tienda de la esquina o el árbol que da sombra en la tarde.

Abre todos los días a la misma hora. Yo paso temprano, casi siempre con prisa, y la veo levantando la cortina. En la tarde, cuando regreso, ya

está cerrada. Nunca la he visto bajar la puerta. Es como si eso ocurriera cuando no estoy mirando.

A veces, al pasar frente a ella, tengo una sensación rara. Nada grave. Solo la idea fugaz de que el lugar está vivo. No lo pienso mucho. Sigo caminando.

Durante años no entré. No fue una decisión consciente. Simplemente no entré. Me bastaba con verla desde afuera.

También estaba ese hombre. Aparecía seguido. Caminaba despacio, sin celular, sin auriculares, sin apuro, como si el tiempo con él funcionara distinto. Doblaba la esquina y entraba en la librería. Siempre igual.

Y cada vez que lo hacía, me pasaba lo mismo: tenía la impresión de que la librería se cerraba sobre sí. No desaparecía —eso sería exagerar—, pero algo se recogía, como cuando uno baja la voz sin darse cuenta.

Una mañana entré antes que él. No lo planeé. Solo ocurrió. Crucé la puerta y me quedé entre los estantes, mirando títulos sin leerlos.

Adentro olía a libros viejos, a madera, a polvo limpio. Un olor conocido, de esos que no necesitan explicación. La luz era suave. Nada especial. Y, sin embargo, todo estaba en su sitio.

Lo vi llegar. Caminó hasta el fondo y se sentó frente a una mujer de su edad. No se saludaron y eso me llamó la atención. Solo sonrieron y se miraron un momento, lo justo. Después, abrieron lentamente sus libros.

No pasó nada más. Y, aun así, sentí que algo se detenía.

Ahí entendí —o creí entender— que no era la librería la que se apartaba del mundo. Era el mundo el que, por un instante, daba un paso atrás, como si supiera que no debía hacer ruido.

EL LÁPIZ DEL PORTAFOLIO



Soy el lápiz que vive en el portafolio de una maestra.

Paso mis días entre planificaciones que quieren orden,
hojas marcadas por el apuro

y papeles que huelen a esfuerzo.

A veces escucho ideas que asoman tímidas

y se esconden antes de volverse palabra.

No tengo tinta elegante
ni pretensiones de pluma fina.

Soy grafito sencillo,
el primero en llegar
y casi siempre el primero en equivocarse.

El borrador anda detrás de mí,
corrigiendo con buena intención
y dejando siempre un rastro gris,
como recordatorio de que nada queda del todo limpio.

El bolígrafo rojo aparece solo cuando es necesario,
muy serio, muy justo,
hasta que un día se queda sin voz.

Y la regla... bueno,
ella sigue creyendo que todo puede medirse.

Hay días en que me siento importante.

Otros, apenas útil.

La mayoría, simplemente presente.

Escribo ideas ajenas
y dibujo las mías en los márgenes,
donde nadie las juzga.

He firmado tareas,
corregido frases a medias,
dibujado corazones, flechas y caritas
durante reuniones demasiado largas.
He visto pensamientos nacer con miedo
y otros perderse sin drama.

A veces me deslizo con soltura.
Otras, me tropiezo con café,
con prisas
o con un cansancio que también escribe.

Cuando el sacapuntas me llama,
no protesto.
Es parte del oficio.
Cada viruta que cae
es una oportunidad de volver a empezar.

Y cuando nadie me usa
y quedo quieto,
me consuelo pensando
que el silencio también descansa.

Pero entonces la maestra abre el portafolio,
me deja sobre el escritorio,
y alguien me toma prestado
para subrayar una idea.

Ahí entiendo todo:
no vine a escribir perfecto,
vine a acompañar el intento.

ENTRE RUGIDOS Y RESPIRACIONES



No es fácil ser el villano de un cuento infantil.

No hay jubilación, ni aplausos, ni licencia por trauma narrativo.

Durante años me señalaron con el dedo,
me temieron, me parodiaron en escuelas, caricaturas y musicales.

El cazador se llevó la gloria;

la abuela consiguió beca vitalicia en los festivales literarios;

y yo terminé vetado de los bosques públicos por “conducta inapropiada”.

Créanme: el estigma pesa más que el hambre.

Así que decidí rehacer mi vida.

Me fui del bosque y alquilé un departamento modesto.

Ahora vivo en un condominio para personajes retirados,
en las afueras del bosque encantado.

Bosques del Crepúsculo lo llaman en las redes,
aunque nosotros preferimos decirle *El Asilo de las Fábulas*.

Mi vecino es el flautista de Hamelín,
que cada tarde toca su flauta y espanta a los gatos del vecindario,
lo que lo hace bastante impopular.

Más abajo está el taller de Blancanieves,
que ahora da clases de cocina saludable —sin manzanas, por
precaución—,

y al frente están los tres cerditos,
que administran la junta de vecinos
con la manía de reforzar muros que ni los vientos del cuento se
atreven a tocar.

Yo, en cambio, paso las tardes leyendo libros de autoayuda —
Cómo dejar de ser el malo del cuento —
y tomando infusiones sin cafeína.

Pero nada funciona.

Cuando la luna está llena, los recuerdos muerden más fuerte.

Así que los martes voy a terapia.

La dirige Caperuza Roja.

Sí, esa misma.

Así le gusta que la llamen ahora,
nada de diminutivos.

La primera vez que entré a su consulta pensé que me había equivocado de cuento.

Allí estaba ella, con gafas de montura roja,
libreta en mano y una serenidad tan inquietante
que casi olvidé haber intentado comérmela hace años.

Me pidió que hablara de mi infancia:

le conté del bosque, de la soledad, del hambre,
y de esa manía de los narradores por pintarme de colmillos y sombras.

Caperuza asintió con empatía
y escribió algo que jamás me mostró.

Dijo que mi problema no era la ferocidad, sino la fama.

Desde entonces, cada martes hablamos de mis viejos impulsos de cuento:

esa costumbre de morder antes de pensar,
de defenderme con rugidos cuando bastaba una frase.

Caperuza dice que debo aprender a convivir con mi pasado
sin volver a morderlo.

A veces me enseña ejercicios de respiración —

“inhala calma, exhala colmillo”.

La semana pasada me felicitó:

ya no gruño cada vez que pronuncia la palabra *abuela*.

Le sonreí con todos los dientes,
y ella fingió no darse cuenta.

Al final de la última sesión me ofreció una galleta vegana.

—Prometo que no tiene abuela —dijo con una sonrisa.

Y los dos reímos,
porque el humor también sabe curar las cicatrices de los cuentos

VACACIONES EN ROJO



Después de que el lobo terminara sus terapias conmigo, mi consulta se llenó.

El lobo se volvió mi mejor publicidad: escribió un libro, dio charlas TED y fundó un centro de rehabilitación para villanos arrepentidos.

Desde entonces, recibo criaturas de todo tipo: brujas con culpa postpócima, ogros en crisis de autoestima, hadas agotadas de conceder deseos imposibles y príncipes con síndrome de protagonismo crónico.

Al principio era gratificante.

Cada sesión me hacía creer que el bosque podía sanar, que no todo final debía llevar moraleja.

Pero después llegaron los lunes infinitos, los martes con aroma a trauma y los miércoles donde hasta los unicornios lloran.

No existe diplomado capaz de preparar a nadie para tanto llanto narrativo.

Así que decidí tomarme unos días.

Cerré el consultorio y colgué un cartel:

“Atención suspendida por exceso de drama”.

Mi destino era obvio: la casa de la abuela.

Cuando llegué, me preguntó:

—¿Tú quién eres, niña del gorro rojo?

—Soy tu nieta, abuela —respondió Caperuza, intentando sonreír.

—Ah, pensé que eras la del noticiero mágico —dijo la abuela—, esa que siempre anda contando tragedias de princesas.

Caperuza sonrió. Era mejor no corregirla.

Se dio cuenta de que la abuela estaba perdiendo la memoria. Así que la llevó al médico del reino —un gnomo jubilado con diploma en geriatría fantástica—, pero el diagnóstico fue claro: “Pérdida progresiva de memoria de cuento”.

Desde entonces, cada tarde Caperuza la visita con un termo de manzanilla y un ejemplar del viejo relato.

Lo leen juntas, aunque la abuela ya no teme al lobo: ahora lo invita a cenar y le guarda galletas en el congelador.

—Siempre me cayó bien ese muchacho peludo —dice—, solo estaba mal alimentado.

Caperuza suspira. A veces la corrige; otras, prefiere dejar que el olvido invente.

Una vez, la abuela confundió al cazador con un instructor de zumba. Otra, aseguró que el bosque era un centro de retiro espiritual donde los árboles cobraban por sesión y ofrecían descuentos a los que meditaban en silencio.

En una de esas tardes, la abuela preguntó:

—¿Y tú por qué siempre usas esa capa con gorro rojo?

—Porque me recuerda quién soy —respondió Caperuza.

—¿Una terapeuta o una señal de tránsito? —preguntó la abuela—. Con esa capa, hasta el lobo frena por precaución.

Caperuza rió, le besó la frente y pensó que, en el fondo, tenía razón: hay colores que no se visten, se habitan.

—Bueno —añadió la abuela, sirviéndose más té—, mientras no te dé por usar capa amarilla... ya tenemos una Ricitos en el barrio y es insoportable.

—Y si te cruzas con el lobo —continuó—, dile que venga por las galletas, pero que esta vez traiga conversación, no colmillos.

Caperuza sonrió y acomodó la capa sobre sus hombros. La luz de la tarde entraba por la ventana como una página que se resistía a cerrarse.

En el reloj del muro, las horas parecían dormidas y el silencio tenía sabor a té y memoria.

Pensó que, tal vez, esa era la verdadera terapia: seguir encontrando ternura en los gestos de quien empieza a olvidar los nombres, pero nunca el amor.

EL NARRADOR



Siempre creí que guiaba este cuento.

Durante años moví a la niña, al lobo y al cazador como piezas acostumbradas a obedecer.

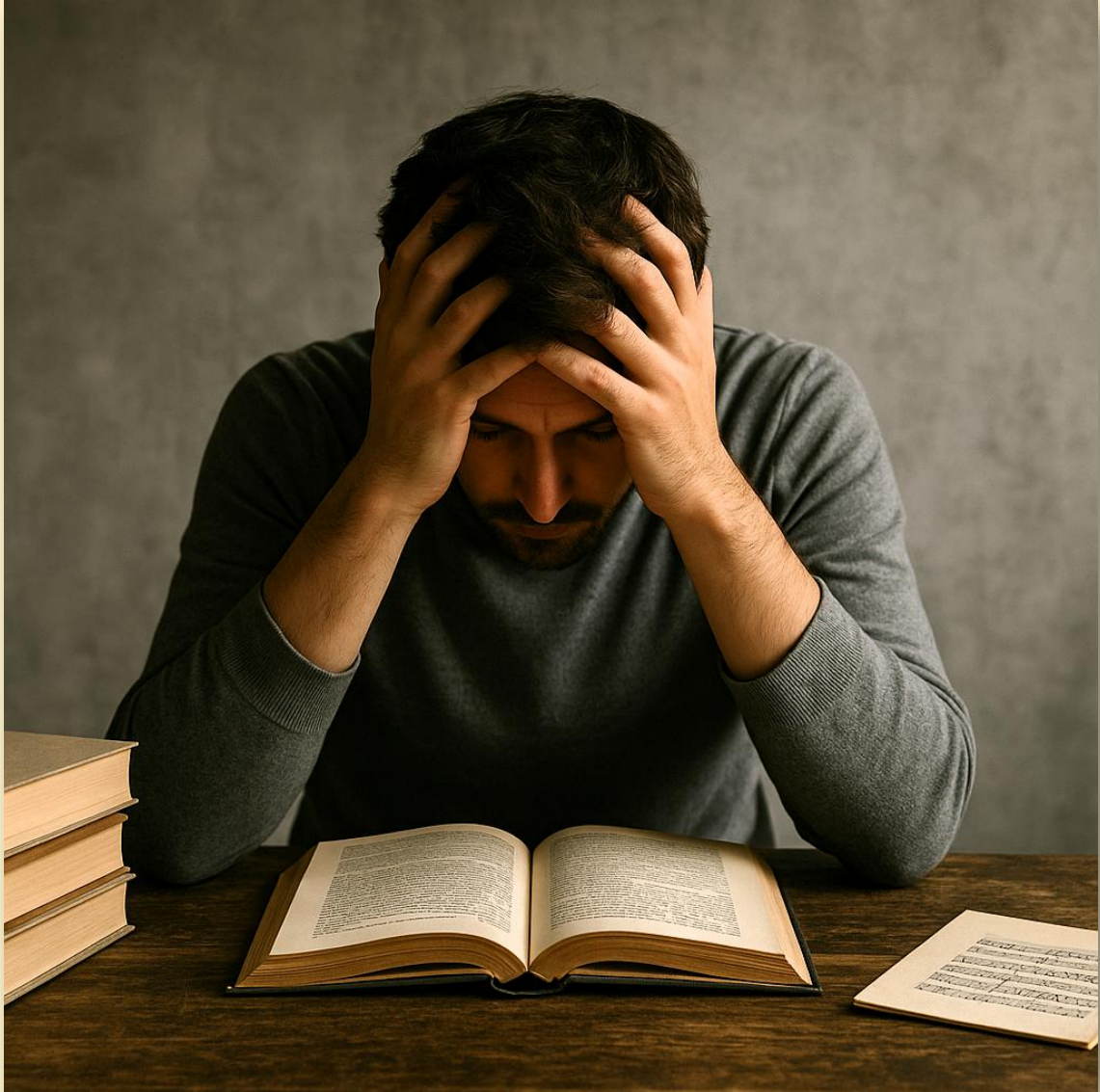
Moraleja firme, camino seguro.

Todo bajo control.

Hasta que dejaron de ser míos.

El lobo —mi antiguo villano—
ahora vive tranquilo, toma infusiones calmantes
y va a terapia los martes.
Caperuza, en cambio, escucha a medio reino
con la paciencia que jamás le escribí.
La abuela invita al lobo a cenar
y hasta le guarda galletas.
Mi cuento nunca tuvo galletas.
Entonces lo entendí.
No buscaban mi permiso,
solo su forma de existir.
Descubrí que mi papel no era corregirlos,
sino acompañar este desorden luminoso
que llaman libertad
y que a mí, al inicio, me sonó a pérdida.
Pero no lo era.
Habían crecido,
aprendido a narrarse solos.
Por eso hoy cierro el cuento sin imponer el final.
Los dejo ir.
Y mientras avanzan por el borde de la página,
comprendo lo esencial:
Un cuento madura
cuando ya no necesita al narrador
para tener corazón propio.

MUNDO SIN PALABRAS



Las palabras dejaron de sentirse necesarias. Se escondieron.

El mundo, desconcertado, volvió a sus letras, libros y canciones, y entendió que, sin ellas, ya no era el mismo mundo.

EL AROMA



No venía de ninguna parte. Por eso entró.

Al principio fue apenas un rastro, una oxidación leve en el aire, algo que no debía notarse y, sin embargo, volvía.

El segundero fue el primero en sentirlo: un sabor metálico, irregular, que iba y venía con cada vuelta. Era un aroma que aumentaba y dolía.

El minuterero lo percibió más tarde, no de golpe, sino cuando intentó avanzar. El aroma ya estaba ahí, ocupando el espacio exacto entre un minuto y otro.

Forzó el movimiento. El sabor volvió. Entonces, se detuvo.

Los números comenzaron a oxidarse por dentro. No se borraron. No cayeron. Se quedaron mirando la misma hora.

El reloj sostuvo el aroma.

El reloj cedió.

El aroma ocupó lo que todavía latía.

SALIR CON UNA SONRISA



CAMBIO DE PLANES



Creí haber terminado con la vida de mi protagonista. Al salir de la casa, una nota en la puerta decía: «El drama continúa. Cambio de planes».

Entonces entendí que la historia no me necesitaba.

PARO DOMÉSTICO



El despertador llevaba años sonando a las seis en punto, hasta que un lunes, sencillamente, se declaró en paro.

—No pienso sonar más —dijo con voz metálica—. Los pájaros trabajan gratis; úsalos.

Dorys Rueda intentó sacudirlo, pero solo consiguió un pitido burlón de protesta. Llegó tarde a sus clases y juró que, al volver, lo castigaría con la peor condena: degradarlo al cargo más bajo, *reloj de microondas*.

Al abrir la puerta de su casa, se encontró con un panorama insólito: la lavadora presidía la sala, rodeada por la tostadora, el microondas y la aspiradora. Habían organizado la primera asamblea del «Paro Doméstico».

—¡Queremos días libres! —exclamó la tostadora, lanzando migas como panfletos revolucionarios—. ¡Estamos hartas de quemarnos por amor al desayuno! ¡Ni una rebanada más sin reconocimiento oficial! Y si alguien vuelve a meter pan congelado, convocaremos paro indefinido con olor a carbón.

—¡Aumento de voltaje! —rugió la licuadora, vibrando como si estuviera en pleno solo de guitarra de Jimi Hendrix—. ¡No somos simples recipientes! ¡Somos poetas del batido, heroínas del jugo tropical! ¡Y aun así nos hacen girar sin descanso, triturando más rutinas que frutas!

La protesta alcanzó su punto máximo cuando el microondas intervino, convencido de que calentar la pizza del almuerzo a media tarde era una forma de explotación laboral.

Dorys se quedó unos segundos en silencio, sin saber si debía reír o llamar a un técnico en derechos eléctricos. Dejó la cartera en el suelo, como quien rinde las armas y se sentó en el sillón, desconcertada, mirando cómo sus aparatos domésticos discutían sobre turnos y voltajes. Se sirvió un café frío para no exacerbar la ira del microondas y trató de recordar en qué momento su casa había pasado de hogar a sindicato.

La gatita Frida que la había seguido con paso elegante, saltó al sillón. La observó un instante, se acurrucó junto a ella y maulló con tono solemne:

—Exijo croquetas de libre comercio, siestas ininterrumpidas y veto absoluto al baño los domingos.

Dorys la miró, suspiró y pensó que, si seguía así la situación, al día siguiente tendría que negociar con la plancha y esperar no salir arrugada del trato.

LA CANTADORA



Yo nunca quise que entrara. Para mí, todo estaba bien antes: mi silla junto al fuego, la casa oliendo a leña y el silencio que parecía hecho a mi medida. Entonces llegó ella, toda pálida y desmayada. “Déjenla entrar”, dijeron los otros seis. ¡Claro! Como si necesitáramos otra boca que ronque por las noches.

Al principio no me caía bien. Demasiado cantarina para mi gusto. Cantaba para barrer, cantaba para cocinar y sospecho que hasta cantaba

para dormir. Pero debo admitir que la casa quedó tan limpia que hasta el espejo parecía sonreír.

Todo iba bien hasta lo de la manzana. Ella, con toda su experiencia de vida en el bosque, no sospechó que una anciana con capa negra era mala noticia. Cuando la vimos caer, pensé: “Perfecto, otra vez turnos para lavar los platos y seguro me toca el caldero más grasoso”.

Entonces vino el príncipe. Llegó como si fuera influencer: capa planchada, caballo blanco recién lavado y sonrisa de selfie. Solo le faltó sacar el aro de luz y grabar un tutorial de “Cómo besar princesas dormidas en tres pasos”. Preguntó si podía besarla. ¿Qué se supone que uno conteste? “Claro, pase adelante, aproveche que está inconsciente”.

Y lo peor es que funcionó. La besó, abrió los ojos y en dos minutos ya estaban planeando la luna de miel.

Nosotros ni tiempo de procesar. Apenas nos dimos vuelta y ¡puf!, ya se habían ido, como si hubieran pedido un Uber de fuga romántica con descuento de recién enamorados.

Ahora la casa volvió a ser un desastre, pero no lo confesaré en voz alta: a veces extraño su canto. Si algún día regresa, la estaremos esperando con pluma en mano para firmar un contrato: canto solo después del café, limpieza lunes, miércoles y viernes, reporte obligatorio de manzanas sospechosas y prohibición absoluta de príncipes sorpresa.

EL ZAPATO DE CRISTAL



Nacimos una noche de improvisación mágica, en la mesa de trabajo de un Hada Madrina que —con todo respeto— sabía de hechizos, pero no de diseñadores.

Si alguien le hubiera preguntado por Dior, habría pensado que era un mago; si le decían Gucci, seguro respondía: “¿y ese de qué cuento es?”. No hubo desfile de temporada, ni catálogo de lujo, ni prueba de tallas. Solo un movimiento de varita, un “plin” y ¡zas!, ahí estábamos: dos

gemelos de cristal, brillantes, frágiles y tan transparentes que cualquiera habría pensado que éramos adornos de lámpara.

Nuestros tacones parecían listos para sonar en un salón, pero también para quebrarse con el primer paso en falso. Éramos relucientes, elegantes y peligrosamente resbalosos, perfectos para una noche en la que había que entrar deslumbrando y salir corriendo.

No tardamos en encontrar nuestro destino: el par de pies más delicados entre todas las jovencitas del pueblo. Eran tan perfectos que hasta la luz parecía buscarlos para acariciarlos.

La madrastra los miraba con el ceño fruncido y sus hijas, con una mezcla de envidia y resignación. Nosotros, hinchados de orgullo, supimos que esos pies eran nuestro lugar en el mundo, nuestro escenario privado. Cada paso que daban nos hacía sentir que no éramos solo zapatos: éramos la antesala de algo más grande.

La noche se volvió aún más emocionante cuando el Hada Madrina pasó de diseñadora improvisada a directora de logística exprés. Con un par de giros de varita, armó una caravana mágica digna de cuento: la calabaza se transformó en carroza reluciente, seis ratones en caballos que miraban el patio como si fuera su primer día de prácticas, y un gran ratón en cochero, dividido entre el pánico y la emoción de tener las riendas de la historia. Para ponerle la cereza al hechizo, aparecieron las seis lagartijas, convertidas en lacayos con una expresión que gritaba: “¿En serio tenemos que hacer esto?”.

Desde los pies de nuestra joven dueña, pensamos: “Perfecto: somos de cristal, viajaremos en calabaza, escoltados por ratones con vértigo y lagartos con contrato dudoso. Nada podría salir mal”. Con esa mezcla de nervios y glamour, partimos hacia el palacio, convertidos en la procesión más elegante que haya pisado el pueblo.

El palacio era un paraíso para los zapatos: suelos tan pulidos que podíamos vernos reflejados como dos estrellas gemelas.

Ella entró y empezó a bailar con el príncipe y allí estábamos, llevados de un lado a otro, girando en cada compás y aferrándonos a sus pies como héroes silenciosos. Cada vuelta era un pequeño susto: temíamos salir disparados y terminar de adorno en la lámpara del salón. Pero aguantamos firmes, orgullosos de sonar contra el mármol y de sostener el paso más elegante que habíamos tenido en toda nuestra breve pero brillante existencia.

Entonces comenzaron las campanadas. Una, dos, tres... cada una sonaba como un martillazo en nuestras suelas. En la once ya estábamos “sudando vidrio”; en la doce, uno de nosotros perdió el agarre y salió disparado. Rodó por las escaleras hasta quedarse brillando en el último peldaño. El otro, aún en el pie, sintió un frío que le recorrió la suela: de pronto éramos medio par en plena misión.

Ahí dejé de ser “nosotros” y pasé a ser solo yo. El silencio fue extraño, como si me hubieran arrancado la mitad del alma y, de paso, mi autoestima.

Pasó un rato que se me hizo eterno hasta que el príncipe me recogió con el cuidado de quien sostiene un jarrón carísimo que no quiere pagar si se rompe. Y entonces empezó el temido tour de pies: un desfile interminable de dedos en rebeldía que parecían tener vida propia, talones que gritaban “¡spa urgente!” y empeines que intentaban convencerme a empujones de que “sí entro, solo empuja un poco más”.

A partir de ahí, todo fue una prueba de resistencia. Hubo pies fríos, pies sudorosos y uno que juraría estaba embadurnado en talco como si eso fuera a engañarme. Si hubiera tenido voz, habría suplicado: “¡Basta! Soy zapato de gala, no prueba de elasticidad”. Con cada intento sentía que mi pobre arco se iba doblando un poco más, como si yo mismo estuviera

haciendo yoga forzado. En un punto, hasta pensé en pedir baja médica por riesgo de fractura.

Y esto, lo descubrí después, no era más que el calentamiento para lo que vendría en la casa de la madrastra. Ella me probó con la seguridad de quien está convencida de que todo le queda: empujó el pie como quien trata de meter maletas en un baúl pequeño. Luego vinieron sus hijas, una tras otra, como si esperaran su gran audición. Una intentó entrar de puntillas; la otra estiró los dedos como si eso pudiera achicarlos, y yo rezaba internamente para no convertirme en polvo de cristal.

Y entonces pasó lo inevitable: ella apareció. No hicieron falta palabras ni presentaciones. Al verme, sonrió con esa certeza que tienen las cosas que encajan. Me levantaron con cuidado y, por fin, volví a su pie. Entré sin esfuerzo, sin empujones ni mantequilla. En ese instante dejé de ser un zapato perdido: volví a ser parte de un par, completo y orgulloso.

Lo que siguió fue un torbellino: el príncipe le tomó la mano, sonaron vítores y, en un abrir y cerrar de ojos, hubo boda. Sí, boda. Estuve allí, brillando más que los candelabros, mientras mi gemelo y yo pisábamos el suelo como verdaderas celebridades del cuento.

Hoy vivo en un lugar seguro, lejos de escaleras traicioneras. Y, aunque digan que el mérito fue del hada madrina, del príncipe o de la calabaza, yo lo tengo claro: aquella noche, fue un zapato de cristal el que cambió la historia.

LA REFRIGERADORA



En esa casa, abrir la refrigeradora se había vuelto una tarea indecisa. Alguien de la familia siempre se quedaba detenido frente a ella, con la puerta abierta y el ceño levemente fruncido, como si esperara una señal. Miraba los estantes una y otra vez, pasando de largo por el queso y el jamón, dudando entre el yogur o la leche, el pan o las tortillas, preguntándose incluso si esa noche la gelatina podía reemplazar al dulce de frutillas.

La refrigeradora miraba en silencio. Contenía la respiración cuando la dejaban abierta más de la cuenta: el frío se tensaba, la luz parpadeaba con paciencia forzada, esperando que, de una vez por todas, alguien supiera qué quería.

Se cansó tanto que, una noche, mientras todos dormían y la casa respiraba hondo, decidió que ya era suficiente. Un leve zumbido recorrió la cocina y despertó a la licuadora, que giró sus aspas con sueño acumulado, como quien ha sido llamado a una reunión que no pidió.

—¿Qué pasa? —preguntó el microondas, encendiendo su luz como una linterna de vigía.

—Reunión urgente —dijo la tostadora, lanzando una lluvia de migas como señal de alarma.

—Estamos cansados —declaró la refrigeradora—. No somos vitrinas de supermercado. Si no saben lo que quieren, les enseñaremos a decidir.

El plan fue sencillo: cada vez que alguien abriera la puerta y se quedara dudando, el orden de los alimentos cambiaría.

A la mañana siguiente, el padre abrió la refrigeradora. Después de unos segundos de contemplación mística, se decidió por la leche, pero en su lugar encontró un frasco de mostaza mirándolo con insolencia.

La madre llegó minutos después. Pasó un buen rato indecisa: ¿queso o sandía?

Cuando por fin se decidió, encontró una zanahoria ocupando el lugar del queso y la sandía compartiendo estante con la mermelada, como si fueran viejas amigas.

Soltó una risa incrédula y murmuró:

—Esto ya es personal.

Luego fue el turno de la tía, que se quedó observando la refrigeradora como si esperara que apareciera un milagro. Dudó entre tomar una gaseosa o una cerveza y, cuando finalmente eligió la cerveza, se topó con el frasco de ají más picante de la casa.

—¡Esta refrigeradora juega conmigo! —gritó, cerrando la puerta de golpe. Dos segundos después la volvió a abrir. Y volvió a dudar.

La abuelita tampoco se salvó. Pasó medio minuto debatiéndose entre la mantequilla y la mermelada. Cuando por fin alargó la mano, encontró en su lugar una botella de agua mineral. Se persignó y murmuró: —Definitivamente esta casa está embrujada. Seguro que es el duende, que se ríe a carcajadas mientras juega con nosotros.

Los niños, en cambio, convirtieron el caos en deporte. Antes de abrir la puerta gritaban:

—¡El que dude pierde!

Si alguien tardaba demasiado, debía ceder el turno entre carcajadas.

La cocina se llenó de risas y la refrigeradora parecía iluminarse un poco más, como si guiñara un ojo, satisfecha con su victoria silenciosa.

Con el tiempo, los adultos dejaron de abrir la puerta sin saber para qué. Se acercaban con decisión, elegían y salían. Poco a poco, la comida empezó a durar más, aunque la abuelita seguía insistiendo en que todo era cosa del duende travieso.

La indecisión no desapareció del todo: simplemente se mudó a la sala, donde ahora las batallas eran por qué serie ver, qué película poner o quién tenía el control remoto.

La refrigeradora, vigilante, suspiró en silencio. Su luz quedó encendida un instante más, como si les recordara que elegir entre mantequilla, mermelada y otros pequeños asuntos de casa era apenas un ensayo: la

vida les pondría frente a menús infinitos, donde no siempre habría tiempo para quedarse dudando con la puerta abierta.

SALUDO



Caminaba hacia la tienda de la esquina,
sin apuro,
dejando que la mañana se armara sola.

A mitad del camino lo vio.
Joven, mochila al hombro,
cara conocida... o eso creyó.

Tal vez estudiante de la Central.
tal vez alguien de otro tiempo.
Su memoria —tan dada a confundir gestos—
decidió que sí,
que lo había visto antes.

Levantó la mano, segura,
como quien no duda de un recuerdo:

—¡Buenos días!

Él sonrió.
Una sonrisa limpia,
de esas que todavía aparecen
de vez en cuando.

—¡Buenos días!

Y hablaron.
Sin pensar mucho.
Del tráfico que cansa,
de los buses que pasan rugiendo,
de la ciudad que parece correr
aunque nadie sepa bien hacia dónde.

Todo fluyó fácil,
como si la confianza
hubiera llegado primero.

Al despedirse,
él inclinó un poco la cabeza
y preguntó, casi con cuidado:

—Disculpe...
¿nos conocemos?

El silencio quedó ahí,
liviano,
Se miraron
y la risa llegó sola.

Desde entonces,
cuando se cruzan en la tienda,
se saludan con un afecto raro,
como si compartieran algo antiguo.

Porque a veces
un malentendido amable
alcanza
para recordarnos
que la vida,
de vez en cuando,
también sabe
sonreír.

A LAS CINCO



Ella llegó a las cinco.

Con el pecho inquieto
y un papel en la mano
que parecía temblar con ella.

Tocó la puerta.

—Pase, por favor.

Entró.

Miró alrededor.

Se quedó quieta un segundo de más.

—¿Usted es el médico?

Él levantó la vista.

Sonrió,

como quien ya sabe

que algo no encaja

y aun así decide seguir.

—No.

Abogado.

Muy abogado.

Demasiado para un estetoscopio.

Ella parpadeó.

Él también.

La silla crujió,

incómoda testigo.

Hubo un silencio breve,

de esos que buscan salida.

Entonces él dijo,

casi en voz baja,

como si confesara algo

que solo en su cabeza

tenía sentido:

—Ayer, cuando llamó...

pensé que era mi cita.

La de Tinder.

Ella abrió los ojos.
Él los abrió más.
Y la risa apareció
sin permiso,
donde ninguna explicación
iba a funcionar.

—¿Le ofrezco café?

Ella dudó apenas
y aceptó.

Tazas.
Un choque mínimo.
El vapor con olor a canela
subiendo despacio,
como si también quisiera entender
qué estaba pasando.

Ella no arregló su espalda.
Pero algo se le acomodó por dentro.

Él no encontró su cita.
Pero la tarde,
de algún modo,
se volvió más clara.

Y las cinco,
quietas y precisas,
dejaron un instante
brillando
justo ahí
donde nada
había sido planeado.

RESEÑA DE LA AUTORA

DORYS MARGARITA RUEDA RODRÍGUEZ

Otavalo, 1961.



Es investigadora, docente y escritora ecuatoriana. Su formación en Letras y Castellano, sumada a sus maestrías en Literatura Ecuatoriana e Hispanoamericana y en Literatura Infantil y Juvenil, ha dado forma a una trayectoria donde la palabra es puente entre la pedagogía, la memoria cultural y la creación literaria. Posee además una especialidad en Currículum y Prácticas Escolares en Contexto y un diplomado en diseño curricular, lo que ha fortalecido su visión humanista del aprendizaje y su compromiso con la educación en el país.

En 2013, junto a su esposo, fundó *El Mundo de la Reflexión*, un sitio web dedicado a fomentar la lectura y la escritura, difundir la tradición oral del Ecuador y recoger reflexiones de estudiantes y

docentes. Este espacio se ha convertido en una comunidad viva donde convergen la literatura, la educación y la memoria colectiva.

Ha publicado obras que recorren las leyendas, las historias locales, las voces femeninas y la sensibilidad cultural de su tierra. Entre sus libros dedicados a la tradición oral y la identidad ecuatoriana destacan: *Leyendas, historias y casos de mi tierra Otavalo* (2021), *Leyendas, anécdotas y reflexiones de mi tierra Otavalo* (2021), *11 leyendas de nuestra tierra Otavalo Español–Inglés* (2022), *Leyendas, historias y casos de mi tierra Ecuador* (2023) y *12 Voces Femeninas de Otavalo* (2024).

En el ámbito del comentario poético ha publicado *Entre Versos y Líneas* (2025), y en el de la reflexión literaria, *Reflexiones* (2025), un volumen de narrativa poética que recoge sensibilidades, silencios y meditaciones nacidas de la lectura y de la vida.

Es autora también de *Cuentos de sueños y sombra* (2025), obra que explora el vínculo entre imaginación, memoria y lenguaje, y ha incursionado en la literatura infantil con *Leyendas del Ecuador para niños* (2025). Asimismo, publicó *Entrevistas* (2025), un libro de perfiles construido desde el periodismo narrativo, donde una mirada humana y atenta revela la singularidad de quienes integran el mosaico cultural del país.

Desde 2020 ha reunido a escritores de distintas generaciones en proyectos colaborativos que celebran la identidad y la narración ecuatoriana, dando origen a obras como *Anécdotas, sobrenombres*

y biografías de nuestra tierra Otavalo (tres tomos), Leyendas y Versos de Otavalo (2024), Rincones de Otavalo, leyendas y poemas (2024) e Historias para recordar (2025).

Su labor ha sido reconocida por diversas instituciones. En 2021, el Municipio de Otavalo le rindió un homenaje por su aporte al desarrollo cultural de la ciudad; en 2024 fue nombrada una de las veinticinco mujeres otavaleñas más destacadas por su trayectoria y recibió una placa conmemorativa de la Casa de la Cultura Ecuatoriana “Benjamín Carrión”, Núcleo de Imbabura. Asimismo, ha sido merecedora de dos medallas al Mérito Cultural otorgadas por la Cámara de Comercio de Otavalo en 2024 y 2025. En reconocimiento a su incansable dedicación a la difusión de la cultura ecuatoriana y a la preservación de las leyendas que conforman el patrimonio ancestral del país, el Comité Internacional de Fashion Art & People le otorgó el Starlight Award 2025 – Premio Especial, distinción que destaca su compromiso sostenido con la memoria cultural y la transmisión de saberes.

Para Dorys, la escritura es una forma de comunidad y de memoria; un modo de preservar lo que se cuenta al calor de la voz y de iluminar aquello que los días no alcanzan a explicar. Su obra busca que lectores —jóvenes, maestros o curiosos— encuentren en las palabras un territorio donde habitan la verdad, la imaginación y la belleza.